

...Y todo cambió!!!

Flickr Por
Maria Grazia
Montagnari



Pbro. Juan Alberto Ceverio

Hoy nuestra misión es expresar la Iglesia de la Pascua, comunicar la alegría, engendrar la esperanza, gritar al mundo: ¡Sí, Cristo resucitó abriendo un camino de resurrección para nosotros!

Por qué hemos perdido la alegría?

Quizás nos hemos mirado demasiado a nosotros mismos, sin mirar a Cristo que es la luz y por consiguiente la alegría y la esperanza, sin tener una apertura libre y desinteresada en la búsqueda de su voluntad. En su plan está nuestra felicidad y la de todas las personas. Dispongámonos a vivir a fondo nuestro ser cristianos y a contagiar la alegría y la esperanza a nuestros hermanos.

Hemos perdido la alegría porque hemos perdido la profundidad interior, el ser contemplativos en

la acción. Vayamos a la acción en oración. "Dios está en los pucheros" dice Sta. Teresa. Es estar con toda mi persona en lo que hago o con quien estoy.

Hemos perdido la alegría porque hemos perdido el sentido de la cruz. Hemos olvidado que la resurrección vence a la muerte. Que de la cruz brota la alegría cuando hay una serena y rendida aceptación.

Hemos perdido la alegría porque nos hemos quedado a mitad de camino. Quisimos seguir los caminos del mundo, de las cosas y nos hemos cansado, y le decimos al Señor que ¡no podemos más!

¿Cuáles son los motivos de alegría para nosotros los cristianos?

Es la alegría de la esperanza, la alegría del peregrino que sabe que va a la casa de Dios. Es la alegría de la fe, alegría de saber que el Señor está con nosotros. «Señor, yo creo que Tú vives y que estás siempre entre nosotros, que vas haciendo el camino en medio nuestro. Señor, yo descubro tu presencia en los acontecimientos, en las personas, en tu Palabra, en la Eucaristía. Yo te descubro también en mi poquedad, en mi miseria, en mi debilidad y me siento feliz».

¿Qué significa vivir en la esperanza?

Significa caminar constantemente hacia el Señor. La esperanza es camino, no podemos instalarnos en esta vida. Tenemos que descubrir la belleza de la creación, la belleza de la historia, el bien de los seres humanos y cantar el Magníficat al Señor por tantas cosas buenas. La esperanza es camino, por consiguiente, no nos instalemos, no nos desanimemos aunque encontremos imperfecciones. Estamos en camino. El camino es duro cuando es largo, difícil, pero no vamos solos. Marchamos en comunidad, somos un pueblo que camina, por eso no tenemos miedo. La esperanza necesita alimentarse en la comunión.

La Iglesia de la esperanza es la Iglesia de la peregrinación; no nos escandalicemos si encontramos limitaciones y debilidades y aún el pecado. La Iglesia tiene que

ser purificada y constantemente renovada por el Espíritu. Es una Iglesia que va haciéndose; y porque estamos en camino, tenemos que ir caminando nosotros también. La Iglesia no está hecha del todo y la tenemos que ir haciendo cada día.

El episodio de Jesús y los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35), nos hace comprender que la esperanza es camino y es comunión. La esperanza es camino en los discípulos que van desalentados y tristes en la tarde de la resurrección hacia la aldea de Emaús. Jesús, que advierte su tristeza y su desesperanza, se acerca y se pone a su lado, entra en su vida...

Se acerca a ellos: "¿de qué están hablando?" Es una forma de introducirse y hacer suyo el dolor de estos hombres. El simple hecho de que Jesús se haya interesado le hizo bien a los discípulos.

Es nuestro gesto para nuestros hermanos: acercarnos y preguntarles: ¿Qué te pasa?

Nos encontramos ante un hermano que no está como otras veces, que está demasiado serio, preocupado, triste, mordido por el desaliento. -Veo que no estás como antes, ¿qué te pasa?-. Sin querer invadir demasiado, le hacemos sentir con nuestra compañía, que entendemos su dolor y que, si quiere, podemos compartirlo.

Tengamos la certeza de que Jesús nos ha asegurado su presencia siempre. Él es el Señor de la historia, que permanece en su Iglesia hasta el final y que va haciendo con nosotros la huella hacia el Padre. **«Vayan, anuncien el evangelio a toda la creación. Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo».** (Mc 16, 15; Mt 28, 20). ■



Reflexionamos:

¿Cuáles son mis motivos para la alegría?

¿Dónde sentí alegría en este tiempo?

¿Qué cosas me quitan la alegría?

¿Cómo puedo renovar esta alegría?

¿Qué cosas alientan mi esperanza en mi vida personal, en la vida de la comunidad, en la vida de la Iglesia?